

BO-KISS

Marcada
por la
Pasión

Noa Xireau



Marcada
por la
Pasión
Noa Xireau



BOOKISS, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

BOOKISS

Primera edición, febrero 2023
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-48-6
Depósito Legal: CS 37-2023
Copyright © 2023 Noa Xireau
Copyright © de la cubierta: Borja Puig
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock
Corrección: Ana M^a Benítez

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Gracias a Alissa Brontë, Naitora McLine y Sandra García Pérez por sus sugerencias y apoyo. Me considero afortunada por teneros como lectoras cero.



Capítulo 1

Jerez de la Frontera, 1822

El peinecillo de nácar y plata labrada con el que Madeleine había estado repasando algunos mechones rebeldes de su recogido cayó con un golpe seco sobre el tocador. En vez de tomarse el tiempo de comprobar si se había astillado, se giró boquiabierta hacia su prima, quien la estudiaba desde el filo de la cama con la misma expresión de inocente expectación con la que se arrodillaba los domingos ante el párroco.

—¡No puedes estar diciéndolo en serio! ¿Quieres que vayamos a una fiesta callejera?, ¿una del populacho?, ¿tú y yo?, ¿sin acompañante? —Por si la manera atropellada en la que escapaban las palabras de su garganta no hubiese sido ya suficiente señal de la ansiedad que aquella propuesta le producía, el tono chillón con el que salieron acabó de rematarlo.

¿Acaso su prima se había vuelto loca? No es que tuviera nada en contra de la gente sencilla, al contrario, pero la simple idea de los peligros a los que podrían enfrentarse dos

damas de su estatus social al aventurarse a salir solas, por la noche y en un país extranjero ya le ponía los vellos de punta.

—Sí. —Lydia se dejó caer de espaldas encima del colchón y sonrió soñadora al techo, como si desde allí estuviese contemplándola algún tipo de príncipe azul. A Madeleine no le hubiese extrañado en absoluto que también oyera las promesas de amor del imaginario galán—. ¡Piénsalo! —siguió la muchacha, con las mejillas sonrosadas por la emoción—. Habrá música, hombres jóvenes y fuertes... ¿Nunca te han contado de la pasión de los españoles? Son tan diferentes de nuestros estirados paisanos.

Teniendo en consideración que el compromiso de Lydia se celebró la semana siguiente a su presentación en sociedad y que, justo después de la boda, su marido la arrastró a vivir a aquel ardiente infierno de aire irrespirable llamado Jerez, era dudoso que hubiese tenido la posibilidad de conocer a caballeros ingleses suficientes como para realizar comparaciones con los españoles. Y en cuanto a su esposo... El problema no era que el barón fuera inglés, sino que casi le triplicaba la edad.

—¿No será que confundes la pasión con la falta de educación? —Madeleine se estremeció de repulsión al recordar las descaradas miradas lascivas que la recibieron nada más pisar tierra en el puerto gaditano.

Lydia descartó su comentario con un ademán despectivo.

—Eres tú quien confunde la educación con la frialdad. Un inglés es a un español lo que el invierno al verano. ¿Y cómo se te ocurre siquiera equiparar el placer de las caricias del sol sobre tu piel y las cálidas noches estrelladas con pasarte el día observando la lluvia a través de un ventanal empañado y con los pies congelados?

—Puedes disfrutar del sol desde la seguridad de tu maravilloso patio andaluz —bufó Madeleine. Ignoró a propósito el sentido metafórico de las palabras de Lydia y se tragó una carcajada. ¿Caricias? ¡Aquel sol de mil demonios mordía más que un león famélico!

—Pero no de los hombres —protestó Lydia, sin cortarse ni un pelo—. Frederick se ha asegurado de que en casa solo permanezcan los sirvientes ancianos y los esclavos más feos. Que, encima, están castrados.

Madeleine parpadeó con una mano sobre su pecho, aunque recuperó la compostura con rapidez.

—¿Y para qué los quieres? Ni que fueras una ilusa adolescente deseosa de encontrar al marido de tus sueños. Tienes veinte años y estás casada; flirtear con desconocidos ya debería estar erradicado de tu mente —le recriminó, aun siendo consciente de que el anhelo de saberse deseada no desaparecería ni con veinte ni con treinta. Y, probablemente, tampoco a los cuarenta años.

—¿Quién habló de flirtear? —Lydia ladeó la cabeza y arqueó, divertida, una de sus elegantes cejas rubias.

—¿Y con qué intención ibas a querer asistir a esa fiesta entonces? —Madeleine se cruzó de brazos y frunció el entrecejo.

—¿Y tú me lo preguntas, querida prima? Eres viuda. A estas alturas, deberías conocer la respuesta —se mofó Lydia, con un tono que dejaba claro que sus intenciones se encontraban lejos de ser cándidas.

—¡No puedes estar hablando de lo que creo que estás hablando! —Los ojos de Madeleine se abrieron horrorizados. ¿A dónde había ido a parar la ingenua chiquilla que pasaba con ella los veranos en Suffolk y que se ruborizaba incluso

si el chico de los establos se atrevía a mirarla durante más de un parpadeo?

—¿Y de qué crees que estoy hablando? —Lydia alisó su falda con esmero y retiró algunas pelusas imaginarias.

—¡Déjate de bobadas! Estás casada; y yo, a punto de desposarme de nuevo.

—¿Y? —Lydia alzó la barbilla, retándola con la mirada.

—Pues... pues eso... Que lo que propones es impropio de unas damas decentes.

—¿Impropio? —Lydia se levantó de un salto y se acercó a ella con ojos que brillaban llenos de cólera—. Te voy a decir lo que es *impropio*, querida Madeleine. *Impropio* es estar casada con un viejo cuarenta años mayor que yo, sin que mi familia me protegiese con un contrato prematrimonial que garantizase mi bienestar presente y futuro. *Impropio* es que, cuando se muera sin haberme preñado, me deje a disposición del familiar masculino más cercano a fin de que me encierre de por vida o se deshaga de mí y me case con el primer desgraciado con el que pretenda hacer negocios, como han hecho contigo —señaló Lydia—. *Impropio* es que jóvenes guapas e inteligentes como nosotras no hayamos conocido el amor y nos marchitemos enterradas vivas en oscuras mansiones, cuidando de vejesterios que valoran más a sus yeguas que a nosotras. Eso, querida prima, es lo que yo llamo *impropio*. Y ya puedes decir lo que te dé la real gana, que no conseguirás hacerme cambiar de opinión.

—Lydia..., yo... —¿Qué? Madeleine se abrazó. ¿Qué iba a argumentarle cuando cada una de sus afirmaciones era tan cierta como escandalosa? ¿O acaso no estaba allí, asándose en aquella caldera polvorienta, solo porque Edmund, el sobrino de su difunto esposo, la había prometido a un marqués

español cuyo nombre no era ni capaz de pronunciar? ¿Y a cambio de qué? De un maldito acuerdo en el que no tenía claro si la estaban usando como garantía o si, por el contrario, había sido la vía por la que se había deshecho del estorbo que suponía para él y su manipuladora esposa.

—Dime una cosa, Maddy. —Lydia le pellizcó la barbilla y la obligó a mirarla a los ojos—. ¿Alguna vez un hombre te ha hecho el amor de verdad? ¿Te ha amado con pasión y locura? ¿Te ha convertido en la mujer más importante de su vida, aunque fuera apenas por un instante?

Madeleine quiso recordarle que su matrimonio había durado ocho años; sin embargo, acabó por cerrar la boca. Esas noches en las que Charles visitaba su lecho, le retiraba el camisón hasta la cintura y la usaba sin siquiera un gesto de ternura o un beso, ¿contaban como «hacer el amor»? Apenas solía tener tiempo de acostumbrarse al punzante dolor antes de que comenzase a resollar y gruñir, terminando de aplastarla con su peso como un jabalí alcanzado durante una cacería. Para cuando él se levantaba y se marchaba a su habitación, sin la cortesía de darle las buenas noches o de bajarle de nuevo el camisón, ella respiraba aliviada y rezaba porque no volviese a acordarse de ella durante los próximos meses. Con honestidad, dudaba mucho que Lydia hablase de eso.

¿Y pasión? Había presenciado a sementales montando a yeguas que eran más apasionados que Charles. No, no creía que su prima se refiriera a eso.

A su mente vino la imagen de la cocinera con el mozo de los establos, el día que los encontró juntos en la despensa. Ella había permanecido escondida detrás de la puerta. Con una mano sobre el pecho, la respiración agitada y sin apenas

moverse, los observó fornicar como animales. No estaba segura de que aquello fuese amor, pero pasión... Pasión sí que había. Aún hoy su vientre se contraía nada más recordar el brillo sudoroso del musculoso torso masculino al embestir a la atrevida cocinera, que lo retaba a demostrarle su hombría entre jadeos, gemidos y el choque de sus cuerpos.

Cogió el abanico del tocador con manos temblorosas.

—Piénsalo, querida Madeleine. Una celebración repleta de hombres apasionados, desconocidos, dispuestos a seducirte, a ofrecerte placer y a hacerte sentir una auténtica mujer por primera vez en tu vida. Podrás descubrir lo que es ser feliz entre los brazos de un apuesto galán sin que nadie se entere, incluso puedes olvidarte de él al día siguiente porque jamás volveréis a cruzaros. Es tu última oportunidad antes de que el próximo vejestorio te encierre en su mansión —la tentó su prima con voz seductora.

Madeleine se acercó a la cama y se sentó en el borde. Lydia no necesitaba averiguar que sus piernas se sentían tan débiles que amenazaban con ceder bajo ella.

—De cualquier modo, da igual lo que yo quiera; la señora Fitzgerald se toma muy a pecho la tarea de carabina que le ha encomendado mi sobrino. No tengo forma de escaparme de su control, porque basta con que abra el balcón para que venga a investigar qué sucede.

—No dormirás en tu habitación. Frederick se fue a Gibraltar por uno de sus tratos de negocios. Tardará al menos tres días en regresar. Y tú, mi querida Maddy, no dejarías que tu pobre y desolada primita duerma sola durante la triste ausencia de su esposo, ¿cierto? —preguntó Lydia, poniendo uno de esos lindos mohines con los que solía manipular a los que la rodeaban.

—¿A quién piensas que vas a engañar con ese cuento? Tú no duermes con tu marido.

—Por supuesto que no, pero tu presencia garantizará que nadie ponga en entredicho mi honra mientras él no esté. — Lydia no permitió que le recordase que el motivo por el que quería que se acostasen juntas era precisamente porque le traía sin cuidado su honra—. Y las alcobas de los invitados se encuentran, *casualmente*, en el otro ala de la planta. ¿En serio crees que los señores Fitzgerald iban a enterarse de algo? — terminó, con una sonrisa pícaro que delataba que quizás no hubiera sido una coincidencia.

—Pero...

—Olvídate de las excusas, Maddy. Tienes que decidir si me acompañas o te quedas. Tú, mejor que nadie, sabes si acabarás preguntándote por el resto de tu vida qué es lo que habría pasado si hubieras reunido el valor de dar el paso.

—¿Por qué estás tan segura de que allí encontraremos lo que buscas? —Madeleine escondió los temblorosos dedos entre los pliegues de su falda.

—Oh, confía en mí, querida prima. Sé con exactitud lo que encontraremos allí —prometió Lydia, con una sonrisa demasiado confiada como para que Madeleine pudiera llegar a sentirse cómoda—. Y será algo que jamás olvidarás.



Capítulo 2

Madeleine mantuvo una mano sobre el pecho, como si con ello pudiese calmar los acelerados latidos de su corazón mientras recorrían las animadas calles. Que un fino pañuelo negro le cubriese la cabeza, parte del rostro y la protegiese en gran medida de las indiscretas miradas no la calmaba en demasía.

¿Cómo se había dejado convencer para cometer semejante insensatez? Debería haber conservado la cordura y haberse conformado con soñar con la pasión desde la seguridad de su alcoba. Ni el frenesí ni la lujuria le iban a proporcionar cobijo y manutención si alguien la reconocía en aquellas circunstancias. ¿Y qué había de los innumerables peligros a los que podían llegar a enfrentarse dos mujeres de noche? Ya era tarde para pensar en ello.

Los acordes de una guitarra y las voces roncadas del cantante iban distinguiéndose a cada paso con mayor claridad. Se aproximaban a su destino. A Lydia no parecía importarle ni lo más mínimo que las casas por las que pasaban fueran cada vez más pequeñas y maltrechas, o que sus habitantes, escapando del calor de sus hogares, hubiesen sacado las sillas a

sus puertas. Hasta los niños jugaban descalzos por doquier a pesar de la penumbra y el polvo. Madeleine se encogió cuando un individuo, sentado en el patinillo de su casa, les gritó algo que no entendió. Lydia se limitó a reír, sin detenerse.

—Prima, por Dios, volvamos —siseó Madeleine—. ¿Es que no te das cuenta de lo que arriesgamos?

—Déjate de pamplinas. A la luz de la luna apenas se distinguen nuestras siluetas, y mucho menos nuestros rostros. Si no te oyen, ni se imaginarán que eres inglesa.

—¡Acabas de hablar con ese hombre!

—Reír no es hablar —la corrigió Lydia, sin inmutarse ni una pizca.

—Basta que noten lo pálidas que somos. ¿Cuánto crees que tardarán en adivinar que somos extranjeras? —protestó Madeleine.

Se mordió el labio con una mueca, ahogando un gemido cuando, por enésima vez, se dobló el tobillo en uno de los numerosos hoyos del irregular camino.

Incluso antes de bajarse del carruaje, el adoquinado había dado paso a calles de tierra pedregosa con más agujeros y baches que un queso de Chester. Por si fuera poco, las piedras se le clavaban a través de las suelas y comenzaba a sentir la fina arenilla rozándose entre los dedos de sus pies. Con aquel endemoniado clima andaluz, las ampollas que le salieran iban a ser una auténtica tortura, y no quería ni plantearse las excusas que tendría que ingeniar ante el ineludible interrogatorio de la señora Fitzgerald al verlas.

—La exportación de vinos a Inglaterra está en auge y la población inglesa en Jerez está creciendo. ¿Crees que soy la única que aprovecha los viajes de negocios de su esposo para gozar de la vida? —se mofó Lydia.

—Deberíamos haber continuado en el carruaje —masculó Madeleine.

—Ya te expliqué por qué debíamos recorrer este tramo andando. No podemos permitirnos el lujo de que reconozcan el escudo de familia de Frederick. Lo que en el centro de Jerez no habría llamado demasiado la atención, aquí sí lo haría. No me extrañaría que alguno de los peones que trabaja en sus bodegas resida en este barrio.

—¿Y no podría habernos acompañado alguno de tus esclavos o sirvientes?

—El único que se deja comprar y del que me fío es Pablo, y él se quedó vigilando el carruaje. No te preocupes, luego nos llevarán a caballo de regreso —trató de consolarla Lydia.

Madeleine aceleró el paso, intentando seguirle el ritmo a pesar de la piedrecita puntiaguda que se había colado en su zapato. ¡Ni loca pensaba detenerse para sacársela! Las miradas curiosas las seguían y el disimulo o el pudor eran conceptos inexistentes en aquel lugar.

Trató de mantenerse atenta a dónde pisaba. ¿Qué iba a hacer si se lastimaba un tobillo? ¿Pedirle ayuda a alguno de aquellos desconocidos? Su corazón se saltó un latido. Si su reputación quedaba destrozada, no tenía ni la más mínima duda de que se anularía su boda. Aunque la idea de lo que la esperaba en aquel matrimonio fuera poco alentadora, sería aún peor lo que le depararía un destino como mujer repudiada, viuda y con el sobrino de Charles desentendiéndose de ella. ¿Qué probabilidades existían de que la volviese a recibir en su casa después de un escándalo semejante? Si Edmund nunca le había tenido demasiado aprecio, su esposa la detestaba sin fingimientos.

«¡Dios, Madeleine! ¿Cómo te has metido en este lío?».

Aquellas calles polvorientas no eran su mundo ni su lugar. ¿Y si, en vez de hombres seductores, lo que encontraban eran ladrones y violadores dispuestos a raptarlas o a dejarlas tiradas muertas en algún camino? La realidad la golpeó de frente. Se había dejado llevar por las descripciones románticas de Lydia, pero ¿qué había de ciertas en ellas? Si algo caracterizaba a su prima era sin duda su fantasía desmedida. Incluso siendo apenas una mocosa, siempre había sido la que se inventaba los cuentos y entretenía a los demás pequeños de la familia.

—¡Deja ya de darle vueltas, Maddy! ¡Nadie nos reconocerá! —bufó Lydia.

—¿Qué? —Madeleine parpadeó desorientada.

—Te he oído.

—Yo... —¿Había vuelto a pensar en voz alta? Madeleine tragó saliva.

—Siempre que no pierdas esa peluca morena, nadie te asociará con la hermosura rubia que está alojada en la casa de don Frederick Wedgwood. De hecho, si quieres que te sea sincera, ni siquiera sé si te llamaría «hermosura» tal y como te ves ahora mismo. Ese cabello negro te da un aspecto enfermizo. Yo que tú me mantendría alejada de cualquier fuente de luz —opinó Lydia después de estudiarla con el ceño fruncido—. Sería una lástima que, con el trabajo que te ha costado decidirte y la que estás armando, al final no fueras capaz de atraer a ningún hombre. Es una suerte que no estemos en Londres y que no haya farolas por aquí. Incluso así, te convendría que los hombres centrasen su atención en otras partes de tu anatomía.

Madeleine jadeó escandalizada. ¿Otras partes de su anatomía? ¡Ni que fuera una vaca lechera de camino a la feria del

condado! Estaba segura de que Lydia no se refería ni a sus tobillos ni a sus dientes, por lo que las opciones se reducían drásticamente.

Con disimulo, se secó las sudorosas palmas en la sencilla falda campesina. Si hubiese llevado guantes, como toda dama debería cuando sale de su hogar, no habría tenido ese problema. Por supuesto, no iba vestida como una dama. Lydia las había disfrazado como señoras del pueblo llano.

Una semana. Llevaba una sola semana en España y su prima ya la había enredado en uno de sus disparates. Comenzaba a plantearse si no le convendría remitirle una carta a su prometido avisándole de que llegaría antes de la fecha prevista. Igual, si era un caballero, sería él mismo quién le ofreciese una escolta que la acompañase. Siendo honesta, no se moría precisamente por reencontrarse con él ni por adelantar la boda; pero, por mucho aprecio que le tuviera a Lydia, se arriesgaba demasiado con sus aventuras. Y, si caía en desgracia, la arrastraría con ella. Una vida como la señora del marqués de los Alcázares suponía, sin lugar a duda, un futuro más cómodo que el que la esperaba en un convento de clausura.

Una señora con un bebé sobre el regazo les sonrió al pasar. ¿Les sonreiría igual si supiese el motivo por el que pasaban por allí? Madeleine desvió la mirada y rezó porque el Santísimo las perdonase y protegiese a pesar de sus pecaminosas intenciones. Jamás se había imaginado verse en una situación tan descabellada. Dos damas no pintaban nada deambulando sin acompañantes por las calles recónditas de un país extranjero. Daba igual que fueran disfrazadas o no. ¡Las mujeres decentes estaban en sus hogares antes del anochecer, allí, en Inglaterra o en las colonias británicas!

Bueno, o al menos sentadas a la entrada de sus hogares con sus esposos, dudó al percatarse de la cantidad de mujeres que todavía permanecían en el exterior junto a sus familiares. Debía admitir que le resultaba encantadora la forma en la que los españoles se interrelacionaban entre ellos como si fuesen una enorme comunidad.

A medida que fueron acercándose a su destino, las casas dieron lugar a chozas, entre las que iban intercalándose algunos árboles aquí y allá, y más sombras de las que la hacían sentirse cómoda. ¿Y si algún indeseable se ocultaba entre ellas? Se refugió en el alivio de que, a pesar de no avistar fiesta alguna, las voces y los acordes musicales le llegaban con nitidez, anunciando su cercanía.

En la esquina de una de las destartaladas construcciones, Lydia la agarró del codo y tiró de ella hacia la izquierda. Rodearon el edificio hasta la parte trasera, donde se extendía un claro arenoso en el que tres viviendas lindaban con un sombrío pinar cubierto de arbustos. Una hoguera iluminaba a las veinte o veinticinco personas que se repartían alrededor. Unas pocas ocupaban sillas, pero las demás usaban troncos o cajas para sentarse. Y otras se encontraban de pie, algo más apartadas, charlando. A pesar de aquellos que tocaban las palmas, la guitarra o cantaban, el verdadero centro de atención era una bailarina, que se contoneaba descalza y llena de pasión al son de la voz ronca y la música que la acompañaban.

A Madeleine la recorrió un escalofrío. Habían llegado. ¿Dónde estaba la multitud que había previsto? ¿Cómo pretendía Lydia que se relacionase con la gente? Incluso desde los cuarenta pasos que podían separarla de la hoguera, podía discernir la tez morena de los demás. En comparación, su

rostro pálido relucía más que la linterna de un sereno, y eso obviando que su piel contrastaba de una manera enfermiza con el negro carbón de su peluca. Tampoco era como si se atreviera a interactuar demasiado con aquellos desconocidos. ¿Cómo había planificado Lydia que conocieran a hombres e intimaran con ellos si había tan pocos asistentes?

—Lydia, no creo que...

—¿Luisa? Me alegra que haya decidido honrarnos con su presencia, y veo que en esta ocasión ha traído compañía.

—¡Antonio!

Madeleine contempló boquiabierta al apuesto individuo que besó la mano de Lydia, con una inclinación y ademán dignos de un caballero. No es que fuera guapo —su nariz resultaba demasiado aguileña y algo torcida para serlo, y sus cejas eran prácticamente una línea recta—; pero, a pesar de ello, ciertamente poseía un corte de cara viril. Se daba un cierto aire a lord Byron y su anatomía esbelta se antojaba imponente con las dos cabezas que le sacaba en altura. Su sencillo atuendo estaba limpio y en buenas condiciones, y la camisa dejaba adivinar que poseía un torso bien trabajado, como correspondía a un hombre que se ganaba el pan con su esfuerzo. Si aquel era el amante de Lydia, algo evidente a deducir por cómo lo miraba embelesada, entonces no era de extrañar que su prima se fugase una y otra vez para cometer aquellas locuras.

—¿No piensas presentarnos? —La mirada de Antonio la recorrió hasta detenerse en sus dedos, agarrotados sobre el pañuelo.

Madeleine se forzó a relajarlos y a soltar la fina tela.

—Yo..., eh... Sí, sí, por supuesto. —Durante un parpadeo, Lydia volvía a parecerse a la chica tímida y miedosa

que se ruborizaba ante el mozo de los establos—. Ma..., eh... Mariana, este es Antonio. Antonio, te presento a mi vecina Mariana.

El hombre arqueó una ceja, y en sus ojos apareció un brillo divertido. Si le llamó la atención que la presentase por el nombre de pila o si sospechaba que aquel no era su nombre real, no lo mencionó. Demasiado tarde se percató Madeleine de que no debería haberle ofrecido la mano. Dudaba sobremanera que ninguna campesina esperase que se la besaran a modo de saludo. Para su sorpresa, él se inclinó y aproximó los labios hasta sus nudillos, sin rozar su piel, lo que la hizo preguntarse si él no tendría también algo que confesar acerca de su educación.

Sujetándose a su fibroso antebrazo, Lydia se alzó sobre las puntas de los pies y le susurró algo al oído. Madeleine se abrazó, incómoda ante el intenso escrutinio masculino. Sin embargo, los penetrantes ojos fueron iluminándose a medida que escuchaba y sus finos labios se estiraron en una sonrisa ladeada.

—No me importaría ofrecerme —mencionó Antonio con un aire travieso, que fue seguido por el jadeo ahogado de Lydia—. Sin embargo, ya estoy ocupado y me doy por satisfecho con lo que la fortuna me ha regalado —finalizó, lanzándole un guiño.

—¡Eres un canalla! Eso es lo que eres —lo reprendió la joven con una expresión radiante.

—Creo que ya sé lo que podemos hacer. —El tono de Antonio adquirió un tinte serio, aunque a Madeleine no se le escapó el centelleo pícaro de sus ojos—. Es más seguro que aguarde a la sombra de aquellos pinos si no quiere que la reconozcan, señorita Mariana. Me encargaré de enviarle a

alguien que la proteja y que la ayudará a disfrutar de *la noche* con tranquilidad.

«¿Protegerme?», Madeleine tragó saliva y echó un vistazo inseguro a su prima. Antes de que pudiese preguntarle por qué no podían mantenerla ellos a salvo si iban a estar juntos, Lydia le estampó un beso en la mejilla.

—Recuerda que viniste a pasártelo bien, de modo que olvídate de tus remilgos, Maddy —murmuró, girándose como un remolino para alejarse enganchada al brazo del atractivo Antonio.



Capítulo 3

—Lyd... ¿Luisa? —El nombre ficticio le salió en apenas un aliento, demasiado tenue para que alguien que no quisiera escucharlo pudiese hacerlo.

La primera reacción de Madeleine fue la de precipitarse tras ellos y detenerlos, pero sus huesos parecían haberse transformado en fina y quebradiza paja, incapaz de sostener su peso y aún menos de ayudarla a colocar un pie delante del otro. Gritar y llamar una atención indeseada quedaba descartado, aunque dudaba mucho que por su reseca garganta hubiera brotado algo más que un desesperado graznido.

Impotente, observó cómo la pareja llegaba a la hoguera entre gestos de complicidad y enormes sonrisas. Varias mujeres recibieron a Lydia con alegres exclamaciones y besos en las mejillas, como si la conocieran desde la infancia, y una anciana le ofreció un vaso de barro, que su prima aceptó sin reparos.

Sin otra cosa que hacer más que esconderse, Madeleine siguió el consejo de Antonio. Se refugió apresurada al amparo de un enorme pino. Que, a falta de tragársela en su sombra, al menos le ocultaba el rostro. Con un insistente

escozor en los ojos, Madeleine se recolocó el pañuelo lo mejor que pudo y se frotó los brazos ante el repentino frío.

La canción que sonaba en el claro acabó de una forma tan arrebatadora como abrupta y los fieros movimientos de la bailarina se pararon en seco. Durante un parpadeo, todo se detuvo: la música, las voces..., incluso los sonidos de la naturaleza; como si el mundo necesitara recuperarse de tanto ímpetu. Madeleine habría jurado que podía escuchar los latidos de su propio corazón en aquel silencio, si no hubiera sido porque se había congelado tan expectante como el resto de su entorno.

Una aclamación rompió el hechizo y devolvió la normalidad a la velada. La bailarina se secó el sudor de rostro y cuello con su mantilla y aceptó lo que Madeleine dedujo que era una jarra de vino. Tragó saliva. ¿Cuánto no habría dado por tomar algo que la calentase y arrastrara consigo la espesa sequedad de su boca? Se mordió los labios. Tal vez si le hiciese alguna señal a Lydia, esta se dignaría a traerle algo de beber. Se conformaba con un poco de agua con tal de... Sus pensamientos se evaporaron. ¿Dónde se había metido Lydia? Frenética, forzó su vista, inspeccionando ansiosa a cada persona del claro. Antonio tampoco estaba. ¡La habían abandonado a su suerte!

Con una mano sobre sus labios, intentó retener los ahogados jadeos. En sus planes, Lydia nunca había mencionado que la dejaría sola, fuera de lugar y sin conocer a nadie, a semejanza de una de esas mujerzuelas londinenses de Whitechapel que esperaban en la calle a que un hombre viniese a por ellas.

La humillación le provocó náuseas. ¿La verían así los hombres que se acercasen a ella? ¿Como una ramera? ¿De

qué otro modo podían interpretar que estuviese aguardando a solas en las lindes de una arboleda? Su estómago se contrajo y un amargo sabor a hiel se desplegó sobre su paladar. Había supuesto que Lydia le presentaría a algunos pretendientes y que estos se tomarían el esfuerzo de coquetear con ella y seducirla, tal y como era costumbre en cualquiera de los eventos que se organizaban en Londres a lo largo de la temporada. Pero aquello... No, eso no tenía nada que ver con sus expectativas al aceptar aquella descabellada aventura.

Escrutó angustiada los alrededores. ¡Necesitaba un escondrijo! Un sitio en el que mantenerse a salvo hasta el regreso de Lydia. Su esperanza se hundió un poco más. Sus opciones eran escasas si descartaba los arbustos. Sin perder de vista al gentío y asegurándose de que nadie la acechaba, retrocedió vacilante entre las sombras hasta colocarse detrás de un robusto pino flanqueado por exuberantes matorrales. Resguardada, supervisó el llano. Cerró los ojos e inspiró con fuerza, rezando porque aquella pesadilla se terminase antes de ir a peor.

«¡Padre Santo, por favor, ayúdame!».

Después de un rato sin que nadie pareciera fijarse en su escondite, Madeleine soltó un profundo suspiro y se apoyó en el reconfortante tronco. A pesar de que no dejó de vigilar las inmediaciones, no pudo evadirse del magnetismo que ejercían las personas reunidas en la fogata. Las oscilaciones de cadera de la bailaora, tan descaradas como sensuales, resultaban cuando menos fascinantes. Sintió envidia. ¿Cómo sería poseer la capacidad de bailar así? ¿La libertad de hacerlo? ¿Poder seguir el ritmo que le quemaba en la sangre y que le exigía abandonarse a la música? ¿Ser el centro de atención y admiración de tantas miradas sin ser juzgada?

Una celebración semejante habría sido impensable en Inglaterra. Por supuesto, nunca había asistido a una fiesta de la clase baja, pero no podía figurarse aquella alegría y desenfadado en una de las grises calles londinenses.

En cuanto a la alta sociedad... Soltó un bufido. Si una dama de su estatus se atreviera a contonear sus caderas con apenas la mitad de aquel atrevimiento, el resto la excluirían de inmediato de su círculo de amistad. Sacudió la cabeza, apartando aquellas ideas de su mente.

Una diminuta piedra afilada, clavada en la planta de su pie, le dio algo con lo que entretenerse. Tras quitarse el zapato y sacudirlo, se apoyó en un tronco caído y se limpió lo mejor que pudo con el dobladillo de la falda, procurando que no le quedase arenilla entre los dedos. Repitió el proceso en el otro pie, tan distraída que no reparó en el tenue crujido de ramas y follaje seco hasta que fue demasiado tarde.

Se paralizó ante la presencia a su espalda y sus ojos se abrieron horrorizados. Casi en una caricia, alguien le recorrió la cintura con las manos y la atrajo con suavidad contra su pelvis, donde el arma cargada que se insinuaba a través de las capas de tela dejó patente que el intruso era un hombre con intenciones nada decentes. Fue tanto el terror que la dominó que el grito sobresaltado que debería haberse escapado se congeló en su garganta.

Incapaz de reaccionar, soportó impotente que el sujeto se restregase contra ella con un gruñido bajo, rebosante de satisfacción. La recorrió un helador escalofrío que le puso los vellos de punta. Abrió la boca con la intención de gritar, pero el poco raciocinio que conservaba le advirtió que, una vez que lo hiciese, su atacante reaccionaría y no habría marcha atrás. Necesitaba reservar aquel recurso y usarlo cuando

estuviese segura de que la gente la oiría sobre la música para que acudieran en su rescate.

Se le escapó el aire en un agudo jadeo al recibir un súbito empuje de caderas que la obligó a apoyarse en el suelo. Como una señal del destino, entre tierra, malas hierbas y agujas de pino, tocó un palo grueso. La afilada punta irregular le transmitió una sutil sensación de poder y la confianza de poder librarse del sinvergüenza. No era una daga, pero si conseguía clavársela en el ojo, o al menos en alguna parte blanda, tendría el tiempo suficiente de correr hasta el claro y llamar la atención de la multitud. Alguien la vería y acudiría en su auxilio. ¡Tenían que ayudarla! Con los dedos agarrotados alrededor de la estaca, se incorporó y enderezó la espalda. El intruso acercó los labios hasta su oído, rozándola con su cálido aliento.

—Cuando Antonio me comentó que *mi* dama me esperaba entre la arboleda, pensé que me estaba tomando el pelo —murmuró con un tono aterciopelado—. No tienes idea de cuánto me alegra haber acudido a comprobarlo.

Ella se aclaró la garganta. ¿Antonio? ¿El amigo de Lydia? Entonces, ¿no era un violador? Para demostrarle la veracidad de su afirmación, el desconocido se ciñó contra ella y presionó el motivo de su notorio gozo contra su trasero. Antes de que pudiese jadear, se encontró aplastada contra la corteza del pino y la respiración masculina le acarició la mejilla. Madeleine apretó el palo con fuerza. Debería haberle clavado el pico en el ojo en aquel preciso instante, pero el recuerdo del educado amante de Lydia la detuvo. Si era cierto que Antonio lo había enviado con la intención de protegerla y hacerla «disfrutar», tal vez consiguiera frenarlo y deshacerse de él de buenas maneras.

Inspiró en profundidad para armarse de valor y trató de usar su lógica. La única opción que tenía era darse la vuelta y confesarle que había cambiado de opinión, que no deseaba ningún tipo de interludio, ni con él ni con ningún otro, y pedirle que la acompañara a encontrar a Lydia. Si se negase, o si incluso se reía de ella, entonces todavía estaría a tiempo de enseñarle que podía defenderse por sí misma.

Antes de girarse, él se le adelantó:

—Luisa, la última conquista de Antonio, me recomendó que te trajese esto. —La forma en la que arrastraba levemente las palabras dejaba claro que llevaba alguna que otra copa de más, aunque no debían de ser muchas cuando sus manos seguían siendo firmes.

El individuo le plantó un objeto deforme ante la cara. Que llamara a Lydia «la última conquista» la irritó, pero lo que de verdad la alertó fue el falso nombre. ¡Luisa! Aquellos hombres, en el fondo, no sabían nada sobre ellas ni debían descubrirlo. Madeleine aceptó con reticencia el objeto. La cercanía a su nariz hacía difícil ignorar el inconfundible olor a cuero y vino. Que sus dedos se hundieran en la piel curtida le confirmó lo que contenía. Aunque no solía tomar vino con frecuencia, la ocasión se merecía saltarse las normas. Agradecida porque Lydia hubiese tenido el primer gesto útil de la noche, abrió la bota y bebió. Pasó por alto la poco apropiada proximidad del desconocido y se centró en el dulce ardor que fue derramándose sobre su lengua.

—Shhh, despacio, gitana. No queremos que te sienta mal —la amonestó el desconocido—. Tengo propuestas mejores si necesitas entrar en calor —añadió, con tono seductor, al quitarle la bota y alzarla.

Mientras bebía el chorro con una maestría que indicaba que estaba acostumbrado a hacerlo, Madeleine tuvo tiempo de limpiarse la barbilla y observar el perfil masculino. A pesar de que no podía discernir mucho, sí que pudo apreciar la nariz recta, algo puntiaguda, y los diminutos montes en el entrecejo, que delataron que fruncía el ceño con frecuencia. También se adivinaba el inicio de una barba que debía llevar varios días sin rasurar.

—¿Impaciente? —El desconocido colgó la bota en uno de los arbustos.

Con un alarido ahogado, Madeleine le dio la espalda.

¡Padre Santo, la había cogido observándolo con descaros! Y creía que ella estaba esperándolo para... para... ¡Oh, Dios! Habría preferido que el ardiente calor que se extendía por sus mejillas se hubiese debido al vino. ¡La culpa de aquello era de Lydia! ¿Por qué había tenido que contarle a Antonio el indecoroso motivo de su presencia? ¿No habría bastado con insinuarle que estaba buscando marido o que pretendía divertirse? Lo que fuera que le hubiese dicho y lo que Antonio, a su vez, le había transmitido a su amigo parecía haberle dejado las cosas claras. ¡Demasiado claras! Madeleine cerró los párpados. Jamás en su vida se había encontrado en una situación tan bochornosa.

—Me gusta el sitio que has escogido para encontrarnos. ¿Te excita la idea de que haya gente cerca que pueda pescarnos juntos?

¡No! Los ojos de Madeleine se agrandaron. ¿Cómo podía siquiera ocurrírsele una barbaridad semejante?

Sin aguardar una respuesta, el desconocido le apartó el pañuelo y le recorrió el tramo de hombro descubierto con su nariz. Madeleine se mantuvo quieta ante la inesperada

gentileza. Incluso el leve roce de su barba era delicado. No recordaba ni una sola ocasión en la que su marido se hubiese tomado el tiempo de acariciarla de esa o cualquier otra manera. Ante el extraño estremecimiento que se extendió por su cuerpo, trató de acallar la ridícula vocecilla en su mente que le avisó que no se debía al miedo. Aunque trató de evitarlo, el vello de su nuca actuó como un amplificador frente a los roncros murmullos masculinos contra su piel, logrando que esta se erizara al paso de su aliento.

—Te he echado de menos, Carmen. Pocas mujeres han sido capaces de regalarme el placer que tú me das. —Como para acentuarlo, las caricias de su nariz fueron sustituidas por una senda de besos.

¿Carmen? La espalda de Madeleine se enderezó. El incipiente placer se esfumó como si nunca hubiera existido. ¿La estaba confundiendo con otra? ¡Ay, Dios! ¡No le había visto la cara en la oscuridad!

En el hueco de su cuello, los labios fueron reemplazados por dientes, arrancándole un involuntario jadeo. Era consciente de que estaba dejando que llegase demasiado lejos. Debía acabar con aquello cuanto antes, explicarle que se estaba equivocando de persona y huir lo más deprisa que pudiese. Esa era la intención, lo que su parte racional le dictaba, pero incluso sostenerse de pie suponía una hazaña en aquel momento.

¿Y si se enfadaba? ¿Y si llamaba la atención de la gente sobre ellos? ¿Y si la acusaba de haberlo seducido y de ser una...? El desconocido la giró hacia él y la atrapó con su cuerpo contra el pino. El corazón de Madeleine parecía que fuera a salirse por la garganta al encontrarse frente a un

rostro tan desfigurado por las sombras que apenas fue capaz de adivinar sus contornos.

Con labios hambrientos cubrió los de ella. Su primer instinto fue el de empujarlo y escapar; pero, como si le hubiese leído la mente, el desconocido le alzó los brazos por encima de la cabeza y cualquier posible sonido de protesta quedó ahogado cuando se apropió de su boca entreabierta. El paladar de Madeleine se inundó con el regusto a vino dulce. Si no hubiese sido por sus remordimientos, aquel habría sido uno de esos besos con los que una mujer sueña. Uno de esos que, a veces, se encuentran en los libros y logran arrebatarte un suspiro, consiguiendo que te preguntes por qué a ti nunca nadie te ha besado así. Sensual, experto, decidido, capaz de conquistar tus pensamientos y, al mismo tiempo, ofrecerte mucho más de lo que jamás te atreviste a pedir.

¡Tenía que detenerlo! Madeleine usó su cuerpo para empujarlo y apartarlo de ella. Reconoció su error en cuanto la recia hombría quedó atrapada contra su bajo vientre y los ásperos gemidos masculinos vibraron contra sus labios. Las caderas del desconocido iniciaron un rítmico vaivén, que se intensificó tras liberar sus muñecas. Cogiéndola por el trasero, la elevó hasta su cintura, provocándole un jadeo ante la intimidad del contacto y la imprevista sensación que ascendió desde el vértice que unía sus muslos para desparramarse por su matriz. Los besos del desconocido sabían a prohibido, a placer y a aventuras que nunca había tenido la oportunidad de vivir y que, con toda probabilidad, nunca repetiría.

¿Qué sucedería si seguía adelante? ¿Si se dejase seducir por aquella sombra sin identidad ni nombre? ¿Si no lo frenara ni le confesase que se había equivocado de amante? No podía ser peor que revelarle su confusión a aquellas

alturas. El daño a su reputación ya estaba hecho, o lo estaría en cuanto averiguase la verdad acerca de ella. No era una elección. Tenía que seguir con aquel teatro e impedir que descubriera lo que estaba pasando. ¡Era su única salvación! Un débil eco en su conciencia no estuvo de acuerdo con su conclusión, pero lo ignoró, dejó que sus párpados se cerraran y respondió a sus besos, aferrándose a él y a la ilusión de que las sombras y los efectos del vino la protegerían y que, por una vez en su vida, iba a conocer la pasión.

De repente, el hombre se puso rígido y la depositó en el suelo. Con una mano sobre su boca, acalló su gemido de protesta.

—¡Shhh!

Madeleine abrió, horrorizada, los ojos. Un nuevo crujido de ramas fue aproximándose, acompañado por unos ininteligibles balbuceos. Se detuvieron a apenas unos pasos de ellos. Su corazón latió frenético ante la idea de que el tronco del árbol y un arbusto eran todo lo que los separaba de la persona que se había acercado. Un paso más, o quizás una detenida inspección de las sombras, y el indeseado visitante detectaría su presencia.

Con los párpados apretados, le rogó al Santísimo que se lo llevase lejos de allí. Fue un consuelo que su amante sin nombre la protegiera entre sus brazos.

La duda acerca de qué hacía la otra persona se resolvió cuando, a su lado, un chorro de líquido cayó sobre las hojas secas, acompañado por un penetrante olor a orina y un resoplido aliviado. El pecho de Madeleine se infló en cuanto el sonido de las pisadas se alejó de ellos y consiguió que sus pulmones volvieran a llenarse con aire.

Sin quitarle la mano de la boca, su amante se asomó con cuidado por el filo del tronco.

—Eso ha estado cerca. Demasiado, para mi gusto. Es mejor que nos busquemos un lugar más tranquilo. Ese ha sido el primero, pero no será ni mucho menos el último al ritmo al que están bebiendo. —El hombre la tomó de la mano mientras les abría camino entre la maleza—. Ven, conozco un refugio. Está cerca de aquí. Prefiero evitar el escándalo de que te reconozcan.

¿Qué? Madeleine parpadeó. ¿Eso iba por ella? ¿Lydia le había contado la verdad después de todo y «Carmen» solo era una forma de llamarla sabiendo que ella quería permanecer en el anonimato? ¿O era esa Carmen también una dama que necesitaba proteger su reputación?, ¿tal vez incluso estuviera casada o fuera hija de algún aristócrata?

Madeleine amortiguó a duras penas un aullido de dolor cuando pisó un pedrusco y su tobillo se dobló.

—¿Te has hecho daño? —El tono del desconocido reflejaba una preocupación sincera.

Ella se agachó con rapidez a revisar su tobillo, más con la finalidad de ocultar su semblante que porque temiese que realmente se hubiera hecho algo.

—No, no —musitó lo más bajo que pudo, cruzando los dedos porque él no se percatara ni de su acento ni de la diferencia de voz con respecto a esa tal Carmen.

—Será mejor que te lleve. No chilles. No es momento de galanterías y resultará más seguro hacerlo sobre el hombro que en brazos. Necesito discernir el camino en la oscuridad.

Ella obedeció. No gritó cuando la cargó como un saco de patatas, ni tampoco cuando la portó bamboleándola sin consideración a cada paso; ni cuando se tropezó un par de veces

o se tambaleó, ni siquiera cuando le estalló su delicada burbuja romántica. Lo que sí hizo Madeleine fue morderse el puño para no romper a llorar mientras se sujetaba la peluca.

De entre cualquiera de los posibles amantes que podría haber tenido, el suyo era poco más que un campesino ebrio que no la trataba mejor que a un carnero de camino al matadero. Se habría reído de la ironía si hubiese podido. Justo así era como se sentía en aquel instante: igual que un animal a punto de recibir su sentencia de muerte.

En la negrura de la noche, no había mucho que pudiese distinguir, aparte de los troncos o las siluetas de los arbustos. Únicamente el estrecho sendero blanquecino destacaba a la luz de la luna contra aquella ingente oscuridad. A medida que fueron avanzando y la arboleda se volvía menos densa, la visibilidad de aquel camino fue lo que la advirtió de que, sin la protección de los enormes árboles, su anonimato acabaría. En cuanto la bajase al suelo, reconocería enseguida que ella no era esa tal Carmen. De entre todas las noches que había, ¿por qué había tenido que escoger Lydia una de luna llena?

La tarde que Edmund le comunicó la boda con el anciano marqués español y tuvo que soportar la expresión de superioridad de su altanera esposa, Madeleine pensó que ya no podría caer más bajo y que las cosas ya no podrían ir a peor. ¡Qué equivocada había estado!

Cerró los párpados en rendición. Ya no le quedaba escapatoria posible.